

heteroforia, nunca en hipermetropes que tengan ortoforia. El oculista que cumpla con el deber de hacer un examen completo de sus enfermos, no estará expuesto á cometer errores lamentables. Para hacer ese examen completo hay que buscar no sólo la esoforia, sino también la exoforia, hiperforia, cataforia y cicloforia; distinguir la forma asténica de la esténica y, por último, la pseudo-heteroforia de la heteroforia intrínseca. Con un diagnóstico preciso, se podrá instituir un tratamiento seguro en sus resultados, obteniéndose millares de curaciones que según las ideas de Donders y de sus partidarios, son tan imposibles, que "la esperanza de una curación radical debe ser abandonada para siempre."

Para terminar contestaré á la pregunta de Bull sobre si el nombre de astenopía acomodativa debe conservarse ó si habrá de reservarse el de astenopía muscular únicamente para los casos de insuficiencia de los rectos internos, haciéndole ver que en la obra de Norris y Oliver publicada en 1900, la astenopía se divide en ametrópica y heterofórica, según que esté ligada á la pseudo-heteroforia ó á la heteroforia intrínseca y que los calificativos: acomodativa y muscular, han sido completamente abandonados por quienes siguen las enseñanzas de Stevens.

México, junio de 1904.

LORENZO CHÁVEZ.

HIGIENE PUBLICA.

LAS CABALLERIZAS LLAMADAS "PENSONES DE CABALLOS"

DEBEN REPUTARSE COMO ESTABLECIMIENTOS INSALUBRES

Y ALEJARSE DEL CENTRO DE LA CIUDAD.

El Consejo Superior de Salubridad en su último Código habla, en uno de sus artículos, el 157, de los establecimientos que deben alejarse de la ciudad ya por incómodos, ya por insalubres, ya por peligrosos, y después se ocupa de los establos, los cuales han sido alejados del centro de la población para colocarlos en los suburbios.

Ignoro qué razones haya tenido aquella res-

petable Corporación para alejar los establos y dejar las pensiones de caballos.

Por ser vecino de uno de estos establecimientos hablo con conocimiento de causa y puedo señalar los múltiples inconvenientes y aún amenazas para la salubridad, que ellos encierran.

Mi artículo no es enteramente desinteresado, pues al venir á abogar por la salubridad pública abogo por la mía y la de mi familia; pero creo que me asiste no sólo un derecho, sino que es de mi deber hacerlo.

Para tratar este asunto debidamente voy á señalar someramente, las incomodidades y después hablaré de los peligros.

La primera de las incomodidades es el ruido, un ruido atroz que se acentúa por las noches y que impide el sueño de los vecinos, porque las patadas de los caballos sobre los pavimentos de madera y el ruido de las cadenas metálicas hace enteramente imposible el reposo á que tiene derecho todo hombre y más cuando este descanso debería llegar tras de un día fatigoso en todos conceptos. Esta batahola infernal que arman los caballos, se acentúa en ciertas noches, en que tal vez ha andado escasa la ración alimenticia y entonces no sólo se percibe en las piezas contiguas á la pensión, sino en toda la casa; así es que no hay quien duerma con tranquilidad, los niños se inquietan, los grandes se desvelan y todos se resienten de esta falta de reparación de fuerzas que habría traído consigo el sueño tranquilo y suficientemente prolongado. Bastaría esta sola circunstancia para alejar las pensiones de las casas habitadas, pues privar del sueño á los habitantes equivale tanto como á privarlos del alimento.

En algún libro de Higiene he leído que los individuos se acostumbran al ruido y que un hombre que habitaba la torre de Nuestra Señora de París, después de algún tiempo no despertaba ya al sonido del gran bordón que se escucha por toda la ciudad. Es posible; pero yo llevo con esta vecindad más de seis meses y aún no puedo acostumbrarme á mis vecinos los solípedos. Quizás la diferencia viene de que la campana producía un sonido armónico y éste es lo más discordante posible.

Después de esta incomodidad que no vacilo en calificar de espantosa, viene la segunda que figura entre las plagas de Egipto, de las que envió Moisés sobre aquel pueblo para su castigo.

Hablo de las moscas. Deben de ser molestos los animalitos cuando su presencia formó una plaga capaz de decidir á los egipcios á deshacerse de sus esclavos; y efectivamente, cuando este insecto es abundante ensucia todos los objetos de la casa. Cuadros, espejos, cristales, vajilla, todo lo mancha constituyendo su vista una cosa repugnante; y aunque la señora de la casa se afane por tener todo aseado, es imposible luchar contra este enjambre negro, no consiguiendo á la postre más que un poco menos de suciedad á costa de una gran fatiga de ella y de la servidumbre.

A esto se agrega que todos los alimentos se ensucian, que comiendo uno la sopa ó al ir á beber un vaso de agua, caé el insecto y lo priva del alimento y de la bebida.

Si reflexionamos que esos insectos van y ensucian el pan, el queso, dulces, etc., y que antes de posarse sobre estos manjares han andado sobre los enfermos contagiosos, sobre los cadáveres, sobre los excrementos humanos, sobre cuanto hay más asqueroso y repugnante, y que después se posan, chupan, defecan sobre nuestros alimentos, no podemos menos de sentir horror para llevarnos un bocado á la boca.

Luego viene la molestia á la hora de que se lee ó se escribe, en que estos animales se convierten en los más importunos é incómodos no dejando fijar la atención como se requiere. Y por último, su zumbido ó su picadura á la hora del sueño llega á constituir otra molestia no menos penosa que las anteriores.

Y no basta nada para ahuyentar la plaga, pues no son bastantes ni los polvos de crisantemo, ni los papeles *tanglefoot*, ni las jabonaduras con timol, ni la infusión de cuasia, ni los tiestos con ricino, nada sirve para hacer tolerable la turba negra.

Para después dejó el considerar á la mosca como una fuente de peligros para la salubridad.

Mi casa habitación cuando la ocupé en febrero de 1903, y durante muchos meses, no tuvo ni un solo ratón ni una sola rata; hoy está plagada de esos animaluchos (otra de las plagas de Egipto). No bastan cuatro ratoneras Capito, en la inteligencia de que hay días que caen en una sola hasta siete ratones.

Hoy estos animales arman gresca en los cielos de mi casa, una gresca peor que la que pro-

ducen en el Teatro Arheu, la que casi interrumpe la representación. Ruido que agregado al anteriormente descrito y á las molestias de las moscas, concurren á turbar el sueño de los infelices habitantes de aquella su casa.

Si han abundado los ratones, excuso decir á ustedes que han abundado las pulgas y no basta el polvo de crisantema abundantemente regado ni la yerba denominada *mastranzo* para acabar con la plaga.

Dios nos libre de que venga la peste de Oriente; pero de seguro que con ratones y pulgas en abundancia sería mi casa una de las primeras atacadas.

Seguramente que los ratones y pulgas no son un elemento obligado de las *pensiones*; pero como éstas traen aparejados los depósitos de granos, de allí su presencia y sus inconvenientes.

Pasemos ahora á hablar de los peligros de insalubridad.

Empecemos por decir que dejan con frecuencia el estiércol durante dos ó tres días y cuando lo sacan, está en plena putrefacción; así es que la calle y mi casa, como lo más próximo, están invadidas de una fetidez verdaderamente insoportable que nos obliga á cerrar no solamente los balcones, sino el portón de la calle para disminuir un poco tan detestable hedor.

Es evidente que esos principios volátiles absorbidos por el organismo tienen que ser perjudiciales como los productos de putrefacción de todo excremento animal en descomposición.

Perono es esto sólo, sino que la calle queda regada de ese estiércol, mas naturalmente, la parte próxima á mi casa y que nadie tiene cuidado de barrer después; así es que cuando se seca esto y viene el viento, lleva por todas partes las partículas de estiércol.

Cuando se corrompe un estiércol, ninguno tan insoportable como el del caballo, pues ni el de la vaca, ni el de ningún otro animal doméstico tiene tal hediondez. Como en el estiércol deposita la mosca sus huevecillos, viene de allí la abundancia de ese insecto que sobre ser sucio y molesto lleva consigo serios peligros.

De tiempo atrás se ha señalado á la mosca como vector del germen del carbón y si los estudios y experiencias de Nuttal, en estos últimos días, dicen que sólo cuando el hombre aplasta la mosca sobre el lugar picado, viene la inoculación, lo cierto es que nadie deja de tratar de ha-

cerlo al sentirse picado por el insecto. Esto es instintivo.

Pero también no cabe duda que la mosca lleva en sus patas, en sus alas, en los pelos de su cuerpo, las partículas de los cuerpos desesnables por donde anda y que anda de preferencia en el estiércol, en donde hay dos gérmenes tremendos: el del tétanos y el de la septicemia sobregada, el vibrión séptico.

El único caso de tétano puerperal que he visto en mi práctica, se desarrolló en una señora cliente del Dr. Velasco, y que vivía en un establo.

Las moscas que se paran en el pus, en el esputo de los tuberculosos, no pueden menos que llevar estos gérmenes y ser agentes de difusión.

Yo he visto diviesos y antrax relacionados claramente con la picadura de la mosca. Disminuir el número de estos insectos molestos y perjudiciales, es hacer obra de higiene.

Aunque pudiera haber traído, y así lo haré próximamente, algún estudio de Obstetricia, he deseado ocupar la atención de la Academia con este asunto, tal vez nervioso por las molestias de la calle en que habito. De día el ruido de un aserradero de madera; de noche el ruido de coches, la música, los gritos de los pelotaris; á toda hora el hedor del frontón cuyo albañal está azolvado, y todas las molestias descritas que origina la pensión de caballos.

Si pensamos que todas las pensiones originan los mismos inconvenientes, que están éstas en los puntos más concurridos de la ciudad, Reforma, Egido, Independencia, Patoni, etc.; si pensamos también que ninguna ventaja obtiene el público con estos establecimientos; que se han alejado los establos que proporcionaban á los habitantes leche fresca y sin adulteración, creo que no hay razón para que existan en el centro de la ciudad estas caballerizas que no hacen sino ensuciarla.

Y termino este mal perjeñado artículo con una proposición:

Diríjase la Academia Nacional de Medicina al Consejo Superior de Salubridad, pidiéndole, fundada en las razones anteriores, que aleje de la ciudad las pensiones de caballos.

México, julio 6 de 1904.

F. ZÁRRAGA.

CLINICA INTERNA.

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA DIFTERIA EN MEXICO.

La difteria es quizá la enfermedad cuyo estudio ha hecho mayores progresos en estos últimos años, y de ello puede envanecerse, con justo orgullo, la ciencia contemporánea, no solamente porque se ha llegado á conocer de una manera satisfactoria, como pasa con otras muchas enfermedades, su naturaleza íntima, el agente patógeno que la engendra, etc., sino porque se han descubierto armas poderosas con qué poder luchar con ella y dominarla.

Desde Bretonneau, allá por los años 1821 al 1826, quien le dió el nombre de difteritis en consonancia con las ideas de aquella época, nombre derivado de la palabra griega que quiere decir piel ó membrana; desde Bretonneau, quien describió admirablemente esta enfermedad en una de las pocas obras que pueden llamarse fundamentales de la medicina francesa del siglo pasado, hasta Behring (1894); en ese lapso de tiempo que abarca casi tres cuartos de siglo, aparecieron una serie brillante de trabajos debidos á Trousseau, O'Dwyer, Frankel, Klebs, Loëffler, Roux y Yersin que dejan poco ya que averiguar, poco que decir acerca de esta terrible plaga, que bajo los nombres de úlcera de la garganta, angina pestilencial, morbo sofocante, garrotillo, enfermedad anginosa estrangulatoria y mal de garganta gangrenosa, sembró durante tantos años la desolación en los hogares.

A principios del siglo pasado, sus estragos fueron tales, que Napoleón I, á causa de la muerte de uno de sus sobrinos, instituyó un gran premio para recompensar el mejor trabajo que sobre este asunto se escribiera. Jurine y Albers optaron á él, pero sus trabajos fueron desechados por no haber llenado su objeto. Hubo de transcurrir casi una centuria para que la ciencia, después de largos y perseverantes trabajos y guiada por la viva claridad que arrojó en el seno de tantos misterios de la naturaleza, el cerebro privilegiado de Pasteur, hubiera llegado á la certidumbre que hoy le da uno de los más justos motivos de envanecimiento.

Bretonneau demostró la especificidad del mal, su naturaleza contagiosa y habló el primero del